

ciudad, ingresan a grupos de estratificación con cultura y mentalidad propia (poseedora de vectores específicamente orientados frente a lo religioso) y que, por lo mismo, una acción que pretende ejercerse a lo largo de *élites* de funcionamiento vertical resulta ineficaz para la difusión religiosa en el medio urbano.

El diagnóstico y la recomendación de Houtart son claros frente al problema social que analiza en esta monografía: "La urbanización, como tal, provoca un cambio social que pide una nueva síntesis de la vida religiosa; las condiciones propias de la urbanización provocan una modificación tal que la vida espiritual se hace imposible para quienes sufren el cambio, y tenemos que buscar nuevos medios, nuevos tipos y una nueva mentalidad religiosa que sea realmente urbana."

Desbordando los límites específicos de esta monografía, nos atreveríamos a insistir, diciendo que lo que se necesita buscar, en la hora actual, es un tipo de mentalidad que resulte adecuado a la vida en las ciudades; que haga de éstas ambientes propicios al desarrollo de la persona-humana-socializada, al desarrollo de la sociedad-humana-personalizada de acuerdo con posturas que parecen propiciar los conocimientos que ya comenzamos a tener acerca de la sociedad y de los peligros que la asechan a ella y a sus miembros.

FALS BORDA, Orlando: *La Teoría y la Realidad del Cambio Sociocultural en Colombia*. Monografía Sociológica No. 2. Departamento de Sociología. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Orlando Fals Borda nos da la impresión de estar destinado a desempeñar en Colombia un papel análogo al que Gonzalo Aguirre Beltrán desempeñó en México como Sub-Director del Instituto

Nacional Indigenista bajo la Dirección del doctor Alfonso Caso. Papel de un hombre que, a partir de una plantilla teórico-práctica fundamental, y con base en las experiencias —favorables y desfavorables— que le ha brindado la aplicación de teorías y la adopción de políticas sociales, extrae, como quintaesencia, una teoría depurada del cambio sociocultural comunitario. Y recordamos particularmente su "Teoría y Práctica de los Centros Coordinadores" publicada en *Estudios Sociológicos*. Tras su actuación en el Indigenista, Aguirre Beltrán ha debido asumir la responsabilidad de impulsar académicamente a la Universidad Veracruzana que, con su sola presencia ha adquirido una orientación eficaz y un interés robusto por los estudios sociales. Fals Borda, en un período mucho más breve, ha tenido que asumir responsabilidades parecidas y, tras hacer realidad muchas aplicaciones prácticas y extraer teorías de una cierta práctica social, ha asumido la responsabilidad de dirigir el Departamento de Sociología de la Universidad de Colombia, al que —si hemos de juzgar por los primeros frutos de estas monografías suyas— estamos seguros que dará un impulso tan interesante como el que el veracruzano ha dado a su Universidad.

La segunda de las monografías de la serie publicada por la Universidad de Colombia es, más que el resumen de investigaciones realizadas en Colombia desde 1952, las reflexiones hechas en torno de tales investigaciones y las conclusiones obtenidas de tal examen. En ella, Fals Borda hace constar que si bien la controversia entre los analistas de la estructura social y los teóricos del cambio empieza a aplacarse, apenas se comienza a delinear una metodología para el examen de una sociedad en proceso de cambio, pero que tal metodología puede obtener valioso fruto de la reflexión sobre procesos de cambio concreto y limitado como los re-

presentados por los esfuerzos conocidos como “de desarrollo de la comunidad”.

El estudio del desarrollo de la comunidad muestra que, si bien con fines heurísticos cabe distinguir entre cambio inmanente y cambio por contacto; entre cambios cíclicos, lineales y aleatorios (por la forma); teleológicos y mecánicos, unicausales y multicausales; grandes, de alcance medio y micro-sociológicos, etc., lo que la realidad ofrece es, propiamente, una simultaneidad de cambios en las pautas o patrones de interacción, que debe de estudiarse como un todo, pues “el proceso de cambio es uno: incluye las divergencias significativas en las formas tradicionales de vida o en las pautas de conducta, que se transmiten dentro de una misma generación o de una generación a la siguiente, por medio de la comunicación y la sociabilización” (7).

Existe, de acuerdo con el autor, “cierto potencial inherente en el grupo, que incluye la habilidad y la inteligencia innata, la formación de diferencias internas y el descubrimiento de variaciones bio-físicas”, y “la percepción de diferencias con extra-grupos” que pone en marcha mecanismos dinámicos voluntarios y obligatorios, y que conducen hacia la conducta divergente, primero en escala individual y luego en escala colectiva. Se trata, en efecto, de causas o factores internos y externos del cambio; de situaciones económico-sociales y de definiciones ideológicas surgidas en parte de la propia situación interna; expresadas en parte gracias a modelos formales externos, que propician por igual el cambio o desarrollo en las comunidades —conforme al señalamiento de Fals Borda— y la revolución en los pueblos —conforme a indicaciones contenidas en el temario del IX Congreso Nacional de Sociología, de México (Sociología de la Revolución)—. Como que el cambio se busca, o por una necesidad que trata de satisfacerse o por un anhelo que (al adoptar patrones o

valoraciones externas) trata de lograrse. De ello resulta patente la importancia que para esas dos formas de cambio social (comunitario, nacional) tiene el concepto de “definición situacional” de Thomas y Znaniecki que ha utilizado asimismo ampliamente Paul Meadows en su *Proceso Social de la Revolución*.

Pero, esa misma definición de las situaciones —en la modificación de MacIver referente a las “valoraciones dinámicas”— fue la misma que permitió al investigador colombiano en el caso concreto de Saucío, centro piloto de los proyectos de desarrollo de la comunidad, ir encauzando el proceso mismo al determinar que, las valoraciones positivas del proceso de cambio por la población de Saucío depende de la búsqueda de la satisfacción de necesidades, del deseo de tener prestigio, seguridad, etc. y de la anticipación de conveniencia, utilidad o ganancia, mientras las valoraciones negativas parecen deberse a fallas mecánicas, inercia cultural, factores económicos, mecanismos de autodefensa de valores conocidos, creencias religiosas (por estar Saucío del lado sagrado de la escala beckeriana) o al analfabetismo y a los intereses creados como factores de inercia cultural.

Y, si existe un potencial propio en la comunidad, que pueda utilizarse para el cambio, se necesita: de un elemento exterior que actualice esa energía potencial, de la levadura que se mezcla a la harina para fermentarla —conforme a símiles evangélicos—, de un elemento catalizador que ponga en marcha o acelere las reacciones. Se trata, en efecto, de acuerdo con la terminología de Fals Borda, de una “catálisis social”; de un cambio dirigido y de los agentes encargados sobre todo de poner en marcha el proceso y “de vigilar continuamente hasta tener la seguridad de que las nuevas prácticas se siguen realizando sin necesidad de introducir nuevos estímulos, así como de que

no se cometen errores en las adopciones, y de que las necesidades latentes se convierten en necesidades manifiestas, por la formación de nuevos hábitos" (22).

Cuando se ha logrado la introducción de un cambio; cuando se ha vigilado la permanencia de las transformaciones o la vigencia de su dinámica propia, es tiempo de buscar asimismo su legitimación e integración, o sea la institucionalización de los nuevos elementos y valores que son capaces de producir modificaciones en la sociedad mayor. Y, en este sentido, nos parece que se apunta, de un modo altamente interesante, aunque insuficiente por su examen, estudio, precisión procesal, hacia la forma en que el proceso de cambio comunitario puede y debe convertirse a la larga en un proceso expandente de cambio de la sociedad total.

El problema puede ser del mayor interés, pues un proceso de cambio que proceda de la periferia al centro —de lo global a lo particular— puede acabar encontrando en eso particular y concreto, resistencias prácticamente insuperables hasta abortar prácticamente. En contraste con esto, un proceso de transformación que proceda de lo particular y concreto a lo general, parece contar, a la larga, con mayores probabilidades de éxito. Proceso de cambio que haya combatido y vencido resistencias muy fuertes y en realidad máximas —en cuanto más próximas a una vida íntima o de contactos estrechos— y que se proyecte hasta alcanzar lo nacional. Tal proceso puede —si por su parte ha sido integrado convenientemente en un amplio plan articulatorio que a su vez impida coyunturas indeseables en el momento de la conjunción de los cambios— tropezar, al final de cuentas, con menos obstáculos, y realizarse efectivamente. Las dificultades mayores se habrán encarado desde las primeras etapas; no se habrá permitido que los intereses creados repten, sin ser oídos —al amparo del ruido que hacen las

grandes ideas y los cambios espectaculares— para ocultarse en la sombra y atacar en el momento de barrer los rincones de la casa. Un amplio plan revolucionario que no vaya acompañado de esos múltiples planes revolucionarios micro-sociales que son los esfuerzos de desarrollo de la comunidad, parece condenado ineludiblemente —como lo muestran realidades histórico - sociales insoslayables— a ser anulado por una efectiva y expandente "contrarrevolución pacífica" (que tal es la conceptualización y denominación que de ella ha hecho el doctor Lucio Mendieta y Núñez).

Para Fals Borda, tras el examen del proceso general de cambio, importa hacer un estudio de los elementos que en él intervienen, de las variables funcionales del proceso dinámico. ¿Qué papel desempeña la base cultural e institucional? ¿Cuál los grupos humanos y en especial la estructura de clases? ¿Qué características presenta la velocidad y cuál es la dirección del cambio? El terreno en el que ha de moverse para dar respuesta a tales preguntas parece mucho menos firme; sus afirmaciones son mucho más dubitativas. Sin embargo, nos recuerda que la base cultural debe entenderse como el "cuerpo de conceptos acumulados que se prestan a manipulación o combinación, facilitando la concepción de nuevos elementos", pero que tal concepto resulta insuficiente si no se complementa con el de "base institucional", pues las instituciones, civiles, eclesiásticas, etc., son algo con lo que hay que contar, en cuanto las mismas "son capaces de articular las relaciones sociales y las creencias en un fondo de buena voluntad, para justificar la aplicación de determinados programas". Y la mención de ciertas instituciones y ciertas autoridades —especialmente las eclesiásticas, reconocidas por muchos como retardatarias en el aspecto social en muchos de nuestros países— puede hacer pensar que proceder en tal forma con-

dena finalmente cualquier esfuerzo de cambio que se intente y que, de la comunidad, tienda a expandirse a la sociedad en su conjunto. Sin embargo, cabe esperar con optimismo y cabe orientar el esfuerzo convenientemente a modo de que el mismo proceso progresista que representa el desarrollo comunitario acabe por arrastrar consigo a esas mismas instituciones —conservadoras en un contexto conservador, pero que tienen que convertirse en progresistas o perecer en uno sometido a incitaciones al cambio— para bien de esas instituciones mismas que acabarán por descubrir en sí mismas —gracias a una convicción benéfica como la que se desprende del estudio de Houtard para las necesidades del catolicismo en las ciudades— posibilidades inexploradas.

Con respecto a la velocidad del cambio, Fals Borda observa que ésta no es uniforme para todos los sectores sociales; que es diferencial en relación con los sectores; que, en algunos de ellos, se acelera y en otros se retarda y que esto produce —conforme lo apunta ya el concepto de *cultural lag* o de *introducción disruptiva de innovaciones*— tensiones sociales que es necesario hacer desaparecer. El investigador y pensador colombiano se pregunta si en ciertos casos, si bien es cierto que desde el ángulo del inductor del cambio puede resultar conveniente hacer desaparecer esas tensiones, esto no puede resultar desaconsejable desde el ángulo de los sujetos a dicho cambio. Nos parece que, en este sentido, en efecto conviene situarse a medio camino entre los extremos, en un punto que la prudencia aconseje, pues la tensión extrema puede conducir a la ruptura y, con ello al fracaso de todo el proceso, en tanto que el alivio completo de la tensión, por su parte, puede llevar al estancamiento (—el motor se para—) y, en última instancia, al anulamiento del proceso. Conforme a la terminología de Paul Halmos, diríamos que lo que se requiere

es, en este como en muchos otros casos, un “optimum disbalance”, una falta de equilibrio óptimo. Sólo tal desequilibrio parece garantizar la existencia y la dinamicidad de una sociedad formada por individuos no angustiados y sí creadores.

Fals Borda se precave asimismo del optimismo y del pesimismo igualmente desaconsejables en las cosas humanas. ¿Hacia dónde conduce en última instancia el cambio, a pesar de la buena intención y del cuidado con que el mismo se indujo? Sólo el tiempo podrá decirlo. ¿La evolución rápida es menos traumática que el cambio gradual y retardado? Sólo de la experiencia podrá obtenerse respuesta. Sin embargo, con una gran ecuanimidad —que es probable no le impida seguir teniendo una secreta y firme esperanza en haber obrado bien y eficazmente—, Orlando Fals Borda señala: “Muchos observadores creen que los cambios rápidos tienen efectos adversos en la sociedad, y que son fuente de problemas sociales; sin embargo, como se sabe, la patología y la desorganización social se encuentran, en una forma o en otra, en cualquier tipo de sociedad: sólo puede admitirse el que nuevas variedades de problemas sociales hayan hecho su aparición en Saucío.”

Todo lleva a concluir, frente a optimistas y pesimistas, que ni al sociólogo ni al político social les está encomendada la tarea de guiar a los hombres de regreso al Edén y que más bien uno y otro deben estar dispuestos a cumplir —alternativamente esperanzados y fallidos— el destino de Sísifo.

SMITH, T. Lynn: *Sociología Rural: La Comunidad y la Reforma Agraria*. Monografías Sociológicas. No. 3. Universidad Nacional de Colombia. Departamento de Sociología. Bogotá.

El de T. Lynn Smith es indudable-